



Viejas panderetas TOKIO Diciembre, 1941 por DENIS

TODOS los habitantes del inmenso hormiguero que son los barrios extremos de Tokio, se han amontonado hoy en el centro de Tokio. Dificilmente se puede transitar por sus calles.

Un paseo por los barrios miserables, extensísimos, nadie no cualquiera de sus calles, no hay quien no retroceda: temeroso de caer, perdido el conocimiento por la angustia, en medio del arroyo.

Todos los niños descalzos, y vestidos de harapos, y aun los harapos desgarrados. Todas las mujeres, sea cual sea su edad, viejas, agotadas. También descalzas, y vestidas de harapos, y aun los harapos desgarrados.

Mueren, en realidad, muchos a causa de ella. Antes, la mayoría, de salir de la niñez. Otros, en gran número, en la adolescencia. Pasada ésta, resisten mejor sus embates. No se halla explicación de cómo. Frugales, más frugales que los andaluces, ni de lo mínimo con que tendrían suficiente disponen.

Todas esas gentes, descalzas, vestidas de harapos, y aun los harapos desgarrados, son las que deambulan hoy, jubilosas, por las calles céntricas de Tokio, rara vez visitadas por ellas.

No ha sido el ataque caballeresco, aunque los japoneses — los japoneses que lo han dispuesto — se precian de caballeros, pero no era cosa de andarse ahora con cortesías. Las circunstancias son propias. Había que aprovecharlas. No podrá Inglaterra devolver el puntazo recibido. Tampoco Norteamérica. Se podrán dar otros, a Inglaterra y a Norteamérica, sorprendidas, sin temor a que devuelvan.

Sin decirselas, tales son las palabras que se dicen hoy todos los japoneses. Hasta los miserables que desfilan lentamente por las calles, muchedumbre inmensa. Borrachos de patriotismo, la bebida más venenosa que un hombre puede llevar a sus labios: ninguna le vuelve más estúpido. Ahí están, todos, embriagados por ella. Repugnante embriaguez. No comen, los miserables, no comerán, con toda Asia en manos de quienes hacen que no coman, y se entregan a quienes hacen que no coman con entusiasmo. No tenían por qué estar en Asia los ingleses ni los norteamericanos, ni cualesquiera otros no asiáticos: todos han traído a ella, con escasos bienes, males sin cuento. Pero tampoco tenían por qué estar los asiáticos que hacen que otros asiáticos, la inmensa mayoría, no coman: imitadores de los no asiáticos en el mal por ellos traído. El Japón ha llegado a extremos inconcebibles en la imitación. Todos los males que los no asiáticos han traído, y que en su casa tienen, son aquí mayores. En otros lugares de Asia no se ha seguido el ejemplo, indigno de ser seguido. En China hay todavía rincones donde la vida es deliciosa. Amenazada siempre, sí, pero no por el hombre. Aquí, como en Europa, y en Norteamérica, el hombre mismo es el artífice de la desdicha común. Y la muchedumbre, sumida en miseria espantosa por otros hombres, se ha lanzado a la calle, borracha de patriotismo, contenta de partir para la guerra, que la hundirá en miseria mayor aún, mientras dure, y que al terminar, cualquiera que sea el resultado, no la salvará de la miseria, porque la guerra no es camino de salvación alguna: ni de la miseria, ni de nada.

No es difícil prever el giro que tomarán los acontecimientos. Sin duda el ataque de los japoneses a Inglaterra y a Norteamérica, que tanto éxito ha tenido, se repetirá con éxito parejo. Cada paso hacia el triunfo, y nada impedirá, por el momento, que todos los pasos de los japoneses sean triunfales, emborachará más a los japoneses, incluso a los miserables, incluso a esa masa hambrienta y derrotada cuya vida no es vida, cuya existencia es, desde el nacimiento hasta la muerte, angustiosa en grado de que es difícil dar idea. Pero la vieja raposa tiene la piel dura. Allí ha estado, en Europa, sola frente a enemigo temible. Para no morir, por primera vez, ha tenido que afrontar peligro en que su vida estaba en juego. Lo ha afrontado, sin vacilar. Hoy no está ya sola. Rusia, aunque lejos, está con ella. El enemigo temible de Inglaterra, cegado por sus victorias, ha hecho de Rusia, su amiga, una adversaria. Y con Rusia tiene hoy Inglaterra a su lado, más enteramente que hasta aquí, por el ataque del Japón ayer, a Norteamérica. Es imposible que esas tres potencias unidas no acaben, más pronto o más tarde, con todos sus adversarios: en Europa, y en Asia. La cuenta que los japoneses han querido saldar, no se saldará. Se saldará otra; se saldará la que ellos han abierto para saldar la que no se saldará.

Mientras eso no llegue, no cesará la borrachera patriótica de los japoneses. En la que se entregan alegremente. No sólo los que mandan: también los que obedecen. Más que los que mandan, los que obedecen. ¡Pobres, pobres! Aunque se quiera, cuesta trabajo despreciarles por su estupidez. Irán a morir sin pena, no importa qué hecho de ellos se exija ser ejecutado sin vacilar, y cuando vuelvan, los que vuelvan, caerán de nuevo en la miseria en que viven. O, seguramente, por pérdida de la guerra, en miseria mayor. Pagarán las consecuencias de lo dispuesto por quienes mandan. Aunque éstos las paguen también, nunca las pagarán en el grado que ellos. No es la guerra, ni ganada, mucho menos perdida, camino que lleve a lugar distinto de aquel en que se está. Perdida, hace más inhabitable el lugar en que se está. Que, perdida, puede acarrear la revolución. Si, una revolución para que otros, en vez de los de antes, y como los de antes, aunque parezcan distintos, dejen sin comer a los más.

Aquí están, los más que no comen, mostrando por las calles de Tokio su borrachera de patriotismo. Hasta los niños, hasta las mujeres vitorean a los figurones que han dispuesto el ataque de ayer. No parecen haber invadido el centro de la ciudad, todos: hombres, mujeres y niños, sino con ese objeto. Les tienen hundidos, aquellos a quienes vitorean, en abismo sin fondo de miseria. Les van a hundir, les han hundido ya, por el ataque de ayer, en otro abismo sin fondo: el de la guerra, del que no saldrán, si salen, sino para volver a caer en el de la miseria, y han abandonado las pocilgas en que viven para venir a vitorearles. Despreciables, en grado sobremediano, despreciables, por infelices se cierra, viéndoles, la fuente del desprecio: con doble llave. Y se abre, en orro libre, y caudaloso, la de la compasión: la de una compasión infinita.

Para que sea más infinita aún, otros miserables llegan, tañendo sus instrumentos musicales, arrancándonos notas que quieren ser alegres y que son de una tristeza sin límites, todavía más aguda cuando blandas voces infantiles y femeninas hacen coro a la música.

Intención

Evadidos del «imperio azul» SAN JUAN DE LUZ. — A primeras horas de la tarde del pasado jueves, entró en este puerto el vaporcito pesquero «Juan Manuel Martínez»...

La crisis del comercio exterior franquista MADRID (OPE). — Con la publicación de los datos correspondientes al comercio exterior franquista en 1940...

La escasez de viviendas SAN SEBASTIAN. — Como detalle que revela la escasez de viviendas en la capital donostiarra hemos de señalar que para la adjudicación de 70 pisos de un grupo de casas construido por el Ayuntamiento...

Otro puente del f. c. destruido BARCELONA. — El pasado día 23, el puente del ferrocarril de San Vicente de Castell, en las proximidades de Manresa quedó destruido a consecuencia de la explosión de una considerable carga de dinamita.

Pugna entre jercas falangistas BILBAO (OPE). — Se señala a José María Llaneza, alcalde de Baracaldo y procurador en las Cortes franquistas como posible sucesor de Jenaro Riestra en el cargo de gobernador civil de Vizcaya.

El nuevo embajador en Buenos Aires BUENOS AIRES. — Ayer, a bordo del «Monte Udala», llegó el nuevo embajador franquista en Buenos Aires, don Emilio Navascués.

Carta de artesano EL extranjero que desee ocuparse en la artesanía debe solicitar a la Prefectura del Departamento — de donde quisiera establecerse — en la cual se proporcionará un cuestionario — en tres ejemplares — que debe reemplazarse haciendo constar la situación personal, servicios militares o de resistencia, capacidad profesional, justificación del capital e importantes datos del mismo, herramienta, fabricación a emprender, etc.

Todo desplazamiento de la actividad profesional o de los capitales en el extranjero debe ser consultado previamente al Ministerio y presentar también otra demanda de autorización a la Prefectura del departamento donde el artesano deseara instalarse.

La validez temporal de la carta de artesano es igual a la de Residencia que la hubiera sido acordada, debiendo abonar según la ley de finanzas de 31-XII-45 — 5.800 francos de póliga si la autorización es superior a tres años; 2.300 francos si fuera superior a uno y menor de tres años; y 1.500 francos si es menor de un año.

El titular de la carta de comerciante extranjero (profesión artesana) debe cumplir las mismas formalidades que se exigen a los franceses para su inscripción en el Registro de Oficios: 1) presentación del certificado de capacidad profesional extendido por la Cámara de Oficios; 2) certificado del comisariado de Folicía sobre la existencia del establecimiento; 3) certificado de la Oficina de Contribuciones directas justificando que está declarado como artesano.

El ejercicio de una profesión artesana — creación o adquisición de un establecimiento — está terminantemente prohibido a los extranjeros que no justifiquen la posesión de esta Carta especial. Toda infracción se castiga — decreto del 29-IX-1949 — con una multa de 6.000 a 120.000 francos y puede ser también objeto de una pena de prisión.

Solamente en casos excepcionales, según los servicios presentados al P. y la utilidad de la instalación propuesta, el Prefecto puede conceder una autorización temporal pero, bien entendido, la decisión definitiva corresponde a la administración central.

En el próximo número: ADQUISICIÓN DE ARIENDO DE TERRENOS INSTALACIONES AGRICOLAS

Información española

señor Navascués, con notable embarazo, dijo que « todo se reducía a un problema de plazos ». Y añadió: « No hemos podido cumplir con las entregas con la presteza que deseábamos, por falta de bodegas, y porque la persistente sequía que afecta a la Península privó a nuestras fábricas de energía eléctrica ».

Lo que hace falta es que paguen lo que deben...

Madrid (OPE). — El sondeo que, por cuenta de la Compañía Española de Petróleos, se venía haciendo en Burgo de Osma, ha sido abandonado por haberse llegado a 2.500 metros de profundidad en terreno estéril a los efectos petrolíferos.

Ahora se emprenderá otro centenar de kilómetros más al sur, en la provincia de Guadalajara. La Compañía, que espera alcanzar en 1950 la cifra de refinado de 750.000 toneladas en su factoría de Tenerife, ha acordado ampliar su capital a 225 millones de pesetas. El actual es de 150 millones.

BARCELONA. — El pasado día 23, el puente del ferrocarril de San Vicente de Castell, en las proximidades de Manresa quedó destruido a consecuencia de la explosión de una considerable carga de dinamita.

Se señala a José María Llaneza, alcalde de Baracaldo y procurador en las Cortes franquistas como posible sucesor de Jenaro Riestra en el cargo de gobernador civil de Vizcaya.

BUENOS AIRES. — Ayer, a bordo del «Monte Udala», llegó el nuevo embajador franquista en Buenos Aires, don Emilio Navascués.

EL extranjero que desee ocuparse en la artesanía debe solicitar a la Prefectura del Departamento — de donde quisiera establecerse — en la cual se proporcionará un cuestionario — en tres ejemplares — que debe reemplazarse haciendo constar la situación personal, servicios militares o de resistencia, capacidad profesional, justificación del capital e importantes datos del mismo, herramienta, fabricación a emprender, etc.

La validez temporal de la carta de artesano es igual a la de Residencia que la hubiera sido acordada, debiendo abonar según la ley de finanzas de 31-XII-45 — 5.800 francos de póliga si la autorización es superior a tres años; 2.300 francos si fuera superior a uno y menor de tres años; y 1.500 francos si es menor de un año.

El titular de la carta de comerciante extranjero (profesión artesana) debe cumplir las mismas formalidades que se exigen a los franceses para su inscripción en el Registro de Oficios: 1) presentación del certificado de capacidad profesional extendido por la Cámara de Oficios; 2) certificado del comisariado de Folicía sobre la existencia del establecimiento; 3) certificado de la Oficina de Contribuciones directas justificando que está declarado como artesano.

Solamente en casos excepcionales, según los servicios presentados al P. y la utilidad de la instalación propuesta, el Prefecto puede conceder una autorización temporal pero, bien entendido, la decisión definitiva corresponde a la administración central.

En el próximo número: ADQUISICIÓN DE ARIENDO DE TERRENOS INSTALACIONES AGRICOLAS

Aire de la Calle

LA propaganda pequista ha dejado abandonada — por razones tácticas — la fórmula unitaria del guerrillismo levantino, airando ahora la del movimiento republicano por la paz; un centecito harito conocido para los veteranos de la lucha obrera y revolucionaria, aun cuando algunos quintos del último reemplazo — los activistas chinos — crean que acaba de ser descubierta.

CONFUSION EN EL DIRECTORIO ANTES conviene dar a conocer algunas travesuras de los líderes moscovitas que, ciertamente, son comentadas en las células y tanto agravan el problema interno como precipitan la dispersión.

El Komintern tienen necesidad de operar rápidamente para que la sección española no se les desmorone, para que no se produzca la liquidación del PCE como se ha producido en el PSUC.

NUEVA FUGA DE ACTIVISTAS

O hay activista, por poco des-pabillado que sea, que no advierta este fenómeno; pese al interés que los organismos oficiales ponen en ocultarlo. Por eso, en uno de los departamentos que hasta ahora habían apoyado más celosamente las campañas del Buró, se ha producido ya la crisis.

NUEVO SLOGAN UN le quedaba algo por decir a los ingenieros agrónomos para que no se desilusionaran. Y es que las dificultades presentes van a ser superadas con la « coordinación entre las Hermandades, el Sindicato y el Estado », cuyo lema — y así cerró el discurso — es Producir, producir, producir.

De Caracas nos transmiten la triste nueva del fallecimiento de nuestro buen amigo Salvador Cánovas Cervantes, uno de los más prestigiosos periodistas españoles, fundador, entre otros importantes rotativos, de la « Tribuna » y de « La Tierra ».

EL COMORERISMO SIRVE DE DISCULPA

ARA evitar la extensión del conflicto — que no va a ser pequeña, sobre todo cuando el otro jefe querido: Valentín — el campesino —, que ha logrado escapar de la URSS, cuente sus aventuras — el E. P. concentra sus baterías y reclama la mayor disciplina y energía para combatir a Comorera y Compañía.

EL amado Joan ha encajado ya — sin contar los que le ofrece habitualmente Lluïta — estos pintorescos obsequios enviados por los psuquistas residentes en Moscú: podrit, cinic, degenerat, corromput, desterra, avort, brot, vii llimac, detritus, escupit, reptil, repugnant, gos y lladre.

LA NENA EN ESCENA

ERÓ el colmo de la frescura staliniana no es el usar a los parientes próximos para hundir en el cieno a quienes hace solamente unos meses nos presentaban como gloriosísimo jefe: a sus propios hijos se les encarga de dirigir los ataques.

LA RECOMPENSA DEL JEPE

LAERO que la Nuri pasionaria que ha puesto su firma al pie de dicha carta certificando que el día que nació el traidor Comorera murió en la Rusia staliniana, está usando en la Rusia staliniana con el sacristán Wencelaco Colomer, aspirante al obispado urstano de Cataluña.

AVISO OPORTUNO

ESTAMPAS DEL EXILIO EN AMERICA

FIESTA EN ESPAÑA

Pinchazos

EL caudillo va tomando gran afinidad a las declaraciones y discursos, que casi a diario se reproducen en sus periódicos con los ditirambos de rigor.

UN MAL DISCULPA OTEO S ANDO latiguillos muy suyos pretendió que el régimen, aunque se le critica su política agraria, ha realizado sorprendentes reformas en el campo, asegurando una producción floreciente.

MODESTO Y SONADOR SEGUIAMENTE lanzó esta andanada demagógica: " Yo soy un hombre modesto — sí — pero para mi patria no tiene límites la ambición, y por eso me parecen todavía pequeños los límites que marcáis... Cuanto más ambiciosa sea nuestra ilusión, más será el terreno que conquistaremos."

SE RECTIFICA... O tardó Pancho en reconocerlo, o al menos en aplazar la ambición conquistadora para tiempo indefinido, pues dijo:

LA VANIDAD UNA sociedad que tiene poca elevación de ideas y poca vida íntima, donde todo va muy por bajo y por fuera, es terreno apropiado para cualquier género de vanidades, que germinan y fructifican siempre que la moral se relaja y se pervienten las costumbres.

LA RECOMPENSA DEL JEPE

LA RECOMPENSA DEL JEPE

LA RECOMPENSA DEL JEPE

LA RECOMPENSA DEL JEPE

LA RECOMPENSA DEL JEPE

LA RECOMPENSA DEL JEPE

LA RECOMPENSA DEL JEPE

«Nociones de Historia Natural»

«Nociones de Historia Natural»

«Nociones de Historia Natural»

«Nociones de Historia Natural»



# MONZÓN, OBSERVATORIO, RECLUSIVO

Tema 6. «Caballero cubierto en el palacio del rey» por Felipe ALAIZ

MONZÓN cambió de signo. A partir de la primera década de este siglo, fueron apareciendo señales claras de avance industrial, que culminaron en una Azucarera espléndida y en una gran Harinera, sin contar pequeñas industrias de taller, almacenes y comercios, más el aumento del tráfico con pueblos semimontañeses de la comarca, ya que los montañeses, propiamente dichos, estaban acaparados por Barbastro. El Canal de Aragón y Cataluña — que fue una realidad no muy perfecta a los tres cuartos de siglo de haberse de él como necesidad apremiante — y a los veinte siglos de serlo — transformó el ambiente y el clima de Monzón. Y no sólo porque en Monzón estuvieron las oficinas, sino sobre todo porque brazos y mentes vivían en estado de alerta favorable al arbolado y a la planta menor.

El contraste con Binéfar, pueblo inmediato hacia Oriente, ya en la raya de Cataluña por término lindante con Almacellas, a las puertas de Lérida, quedaba borrado. La diferencia entre Monzón feudal y hortícola y Binéfar secano, desapareció. Binéfar tuvo una expansión rápida. Más rápida que Monzón, porque Monzón siempre había cantado con regadíos extensos y Binéfar no tuvo agua hasta tener su canal y desbordó las etapas.

Ahora, que Binéfar no contaba con un castillo de balada como contaba Monzón. No contaba con un castillo de irás y no volverás lleno de fantasmas. Tampoco tenía en su censo Binéfar como tenía Monzón, nada menos que un barón de Eroles, de quien los de su pueblo decían que era «caballero cubierto en el palacio del rey» y que de vez en cuando tomaba el tren camino de Madrid para hacer acto de presencia en la corte sin más objeto que permanecer allí cubierto y campante un rato, preguntar por la familia, ir a la ronda para recoger el paraguas y volver a Monzón a vestirse de mendigo.

En el pequeño historial de rencillas pueblerinas, más importante en toda España que la fraternidad vecinal y hasta que el arzobispado de Toledo, hay pocos casos como el de Monzón. Es rival de Barbastro y de Binéfar, como Barbastro de Huesca. Si alguien quería jugar la vida hace veinte años, que hablara en Barbastro de ir a desalterar su vejiga «al barranquero». Si por el mismo tiempo y poco después se quería armar una guerra de Troya en Monzón, no había más que decir que el equipo de fútbol de Barbastro era mejor. Si cualquier «fata» de Huesca hablaba del Coso de su pueblo en Barbastro con esas pretensiones delirantes y frenéticas que ponen las gentes castizas y beatas de Huesca para exaltar sus toreros y sus Cristos con igual vehemencia, quedaba en entredicho y se le negaba hasta el saludo. Nuestro buen amigo y compañero, el ciclista Muro, que es de Barbastro y vivió en Monzón, sabe que sólo en nuestros medios habían desaparecido tales tonterías.

Es sumamente expresivo que las chabacanas lugareñas no hayan cedido, en Monzón y en toda España, más que al calor de la fraternidad confederal, mientras aquellas mismas chabacanas subsistieron en otros ambientes. Por ejemplo: Barbastro sentía celos de Huesca. Las dos tenían obispo, pero sólo Huesca tenía gremio. Los de Barbastro no pararon ni armaron hasta tener cuartel y un regimiento flamante. Era una de las muchas calamidades que enardecían a las llamadas «fuerzas vivas», es decir a la recua de «botigueros» dominante en el Municipio y en la caciquería.

La CNT consiguió, además, en Monzón, hacer patente el punto de vista, ya señalado por Costa, de que el avance integral de un país se debe a los segundones y no a los herederos. Los grandes y pequeños patrimonios agrarios se iban arruinando. Los segundones replantaban la tierra y la hacían producir diez veces más. En ninguna zona agrícola de Aragón podía justificarse ese avance como en Monzón con sus nuevos surcos y su nueva rebeldía, mientras los herederos como el barón de Eroles, «caballero cubierto en el palacio del rey» se descubría en julio del 36 ante los nuevos edificadores de Monzón, que no olvidaban una copia clásica:

Es majó el puente del Cinca  
Y más majó la estación,  
Pero es más majó una moza  
De la villa de Monzón.

## EPISODIOS DE LA TRAGEDIA ESPAÑOLA

Entrevista de F. SIERRA PANDO con MARIANO MASQUELES

### El «fusilado» retorna a la Prisión de Torrero

La llamada de auxilio de Mariano Masqueles acudió presuroso al sepulchro del cementerio de Zaragoza, pero una vez que llegó a la puerta del depósito se detuvo y preguntó: «¿Qué es lo que pasa?». Masqueles contestó entonces: «Soy un fusilado; estoy desangrándome y si no me socorren rápidamente terminará de matarme». Y al verlo en la rejilla y oír estas palabras, el sepulturero salió corriendo, disparado. Instantes después, el mismo hombre, acompañado de otro empleado volvió al depósito para atender a nuestro compañero.

«Abrieron la puerta y me cogieron delicadamente del brazo, sentándose sobre un cajón y comenzaron a hablarme con todo cariño. Les pedí entonces un poco de agua y salió uno de ellos a buscarla. El otro me puso la mano sobre el hombro y me dijo: «No te preocupes, muchacho, que yo habiendo conseguido acabar contigo en el fusilamiento, ya no te matarán. Aquel buen hombre, notando que estaba tirando de frío, se quitó el abrigo y me lo puso sobre los hombros. Luego llegó su colega con una cantaría de agua, de la que bebí un sorbo y, en lugar de aliviarme, creo me perjudicó, pues los temblores aumentaron y me parecía que entonces iba a morir de verdad... Sin decir nada volvió a salir el mismo hombre y me trajo una manta. Con él vino una mujer, también muy atenta, que me ofreció un tazón de café con leche bien caliente. Aquello sí que me sirvió de alivio».

Luego hablaron de lo que convenía hacer conmigo. Y pensaron de telefonar al juez. Yo hubiera preferido otra solución, pero no había medio de lograrla; además, estaba en tan lamentable estado, que caso de intentar huir, apenas hubiera podido salvar unos cuantos metros. Acepté, pues, lo comunicaron al juez y salió uno de los sepultureros a cumplir su misión. Pero me inquietó mucho al saber luego que allí no había teléfono y el más próximo era el de la cárcel. Aquel día, cuando el director de Torrero, sería capaz de venir él mismo para rematarme antes de que el juez tuviese conocimiento del caso... «¿Y qué?». «El sepulturero retornó y dijo haber hecho lo necesario. Me anunció iba a venir una pareja a recogerme, pero que no tuviera miedo, pues era para trasladarme al juez. Sin embargo, las órdenes que éstos guardias traían del director de la cárcel eran otras: debían matarme. Y no lo hicieron, aun cuando un crimen más o menos parecido al que yo cometí, era para ellos una cosa importante. Al llegar al cementerio, el sargento que les acompañaba pensó que el director Quirós, a pesar de su calidad de jerarca falangista, no podía exigirles el cumplimiento de esa orden, ya que los

# SOLIDARIDAD OBRERA

ORGANE HEBDOMADAIRE DE LA C. N. T. D'ESPAGNE EN EXIL (XI REGION).

Valores y giros a nombre de P. BRILLAS  
24, Rue Sainte-Marthe, (PARIS XI)  
TELÉFONOS: Redacción BOT-22-02, Talleres PRO-78-16  
SUSCRIPCIÓN INDIVIDUAL: al trimestre 125 francos, al semestre 250 francos

## LIBERTAD DEL ALUMNO Y LIBERTAD DEL MAESTRO

(Viene de la primera página) mismo tipo, la sacerdotal) identificase con el partido único o la iglesia única. Esta nueva clase dominante tiende a recoger la herencia del viejo capitalismo en quiebra. Aumentar las atribuciones del Estado determinado tipo de totalitarismo quiere decir preparar el terreno para que, sobre las ruinas de un mundo capitalista, pleno de injusticia e impotente, se instale esa forma moderna del absolutismo.

La libertad no es comodidad; es un estado de tensión constante, una conquista continua en el terreno interior y exterior, un riesgo permanente. La obediencia ciega es pereza y vileza de la facultad volitiva, ofuscación de la autoconciencia, que es conciencia de la responsabilidad; la aceptación del dogma es pereza y vileza del pensamiento. La imposición es aún pereza, la pereza característica de los hombres de acción ante las dificultades del verdadero creador, que es siempre libre.

El progreso del totalitarismo ha tenido lugar, precisamente, en momentos de pereza colectiva, durante los cuales la democracia era simple rutina, reduciéndose a su mecanismo mayoritario, separándose del fermento liberal y adormeciéndose en la inmutabilidad constitucional, esto es en momentos en que la colectividad dejaba en manos de su casta dirigente — generalmente interesada en mantener sus privilegios económicos y políticos — toda la iniciativa. El contraste entre la libertad formal de que se goza en los países democráticos y la injusticia social que se vive en la práctica, durante la guerra, éstos pedían medidas similares contra los «antidemócratas» de entonces. Hoy aquí, como ayer en otros países, estas sanciones y restricciones terminarían por ser aplicadas únicamente contra algunos totalitarios doctrinarios y sinóicos, y contra todos aquellos que combaten la actual democracia en el sentido de amplia libertad, esto es, contra los militantes más destacados del antitotalitarismo, en espera de poder aplicarlas — en la segunda vuelta — contra los actuales demócratas, en favor de no importa qué totalitarismo en Praga, en Caracas o en Madrid.

Pero, haciendo abstracción de cuanto tiene de imparcial e incompleto por un lado y de confuso por otro, comentaré la medida propuesta como si en realidad fuese dirigida exclusivamente contra profesores totalitarios y contra todos ellos. Estamos de acuerdo con el argumento fundamental que se aduce: todos los aspectos de la conducta del profesor hacen, en verdad, parte de su enseñanza, ya que ésta no sólo entraña un trabajo para ganarse la vida, sino también un modo de concebir la vida misma y de vivirla. Pero me parece que de este argumento se deduce una conclusión equivocada a la de los aprendices de inquisidor. Con prohibir determinadas ideas y posiciones se quita valor a toda nuestra ideología y a todas nuestras actitudes. Nuestra lucha antitotalitaria fuera de clase no valdrá absolutamente nada ante nuestros alumnos, si el antitotalitarismo se impone por decreto como condición para conservar el pan. Así se repudia la libertad y la democracia pierde aquel valioso fermento que a pesar de todo, conservaba ante algunos absolutismos desde sus orígenes revolucionarios.

El laicismo no es negativo; es positivo. No es mero agnosticismo, es transmisión al educando de ese mismo sentido de la responsabilidad que presentamos a nosotros mismos de iniciativa personal, que ha impulsado a cada uno de nosotros a tomar una posición militante. «Pensar con la propia cabeza», elegir en cada instante el camino según la propia conciencia; tomar ante los otros la responsabilidad de esta elección: éste es el ideal de la dignidad del hombre que presentamos a nuestros alumnos mientras les ayudamos, con toda la objetividad de que somos capaces, a adquirir las nociones necesarias para el ejercicio de esta libertad difícil. Existen nuestras opiniones personales sobre cada problema, pero forman parte de un vasto panorama que tratamos de presentar con toda la imparcialidad posible.

Es difícil que alumnos que hayan respetado este ambiente se entreguen voluntariamente en un sistema dogmático. Si lo hacen es porque el dogma ha sido desfigurado hábilmente; pero, reconociéndolo, reaccionan. Si no reaccionan, quiere decir que hemos incumplido nuestra tarea. Y no es menester ser múltiple para desempeñar tal función. Cada totalitarismo, en acción o en potencia, se ve obligado a eliminar a los educadores de espíritu libre, por pocos que sean. Para encerrar a la juventud necesita tapar las ventanas.

A pesar de todo eso, la existencia de profesores totalitarios es un peligro a combatir; pero debemos ser nosotros los soldados de ese combate y nuestra arma el laicismo libre de todo dogmatismo político, religioso, nacional. Hay que afrontar el peligro, ya que eso forma parte de la naturaleza misma de la libertad. Las medidas represivas implican un peligro mucho mayor, por cuanto matan aquello que pretendemos defender, y tienden a crear esa atmósfera de temor, de confusión, de hipocresía que es como la aceptación anticipada de la esclavitud. Malo sería que se adoptasen, pero mucho peor que los profesores las dejarán aplicar sin resistencia, concediendo a los totalitarios la doble ventaja de la persecución previa, que ennoblesca a los ojos de los jóvenes las causas más injustas, y de la preparación del terreno espiritual y de las armas legales coactivas para consolidar un eventual triunfo futuro.

La única solución posible, nuestra única solución: la aceptación de los peligros de la libertad para nosotros, y para las nuevas generaciones que, a veces, nos hacemos la ilusión de formar y que en realidad se forman por sí solas, tomando de nosotros sólo una parte de lo mucho que queremos darles: nociones que consideramos como instrumento y, si lo merecemos, el ejemplo; casi nunca las opiniones.

Ahora que algunos quieren ir más lejos y pretenden hacer el proceso a las opiniones de los profesores. Piden medidas contra los adscritos a determinado partido totalitario (el comunista), y contra aquellos que no aceptan la fórmula oficial de la doctrina democrática. Naturalmente, aquellos que piden y apoyan tales medidas, son los conservadores y simpatizantes de Hitler — contra los apoyaos calurosamente a los comunistas cuando, durante la guerra, éstos pedían medidas similares contra los «antidemócratas» de entonces. Hoy aquí, como ayer en otros países, estas sanciones y restricciones terminarían por ser aplicadas únicamente contra algunos totalitarios doctrinarios y sinóicos, y contra todos aquellos que combaten la actual democracia en el sentido de amplia libertad, esto es, contra los militantes más destacados del antitotalitarismo, en espera de poder aplicarlas — en la segunda vuelta — contra los actuales demócratas, en favor de no importa qué totalitarismo en Praga, en Caracas o en Madrid.

Pero, haciendo abstracción de cuanto tiene de imparcial e incompleto por un lado y de confuso por otro, comentaré la medida propuesta como si en realidad fuese dirigida exclusivamente contra profesores totalitarios y contra todos ellos. Estamos de acuerdo con el argumento fundamental que se aduce: todos los aspectos de la conducta del profesor hacen, en verdad, parte de su enseñanza, ya que ésta no sólo entraña un trabajo para ganarse la vida, sino también un modo de concebir la vida misma y de vivirla. Pero me parece que de este argumento se deduce una conclusión equivocada a la de los aprendices de inquisidor. Con prohibir determinadas ideas y posiciones se quita valor a toda nuestra ideología y a todas nuestras actitudes. Nuestra lucha antitotalitaria fuera de clase no valdrá absolutamente nada ante nuestros alumnos, si el antitotalitarismo se impone por decreto como condición para conservar el pan. Así se repudia la libertad y la democracia pierde aquel valioso fermento que a pesar de todo, conservaba ante algunos absolutismos desde sus orígenes revolucionarios.

Unión de los Sindicatos (actualmente en el extranjero) (1). Seguidamente fueron destituidos de sus cargos en el control de las empresas y en la administración pública numerosos socialdemócratas. Y, pese a la resistencia de la mayor parte del partido, se impuso finalmente la unificación social-comunista, cual pretendía el mismo Szakasits que ya a principios del año 47 había hecho la declaración siguiente: «Mi partido trabajará intensamente en pro del reforzamiento de las relaciones con la URSS y estrechará más cada día los lazos de amistad con el partido comunista». Y luego, en el congreso de unificación — victoria que se puede apuntar principalmente al E.M. del ejército de ocupación — el mismo Szakasits manifestó: «El partido comunista húngaro ha seguido una política justa, y sus planes, razonables y clarividentes, fueron realizados con resolución, sosteniendo y animando siempre al ala izquierda del partido socialdemócrata. En el mismo informe acusó a la reacción anticomunista de su partido, fundamentada por hombres de derecha. Y también reconoció que los acontecimientos conducían lógicamente a la unificación con el PC. Finalmente, el aspirante a la presidencia de la re-

LUCE FABRI.

A medida que en las ciudades civilizadas crecen los medios para satisfacer las necesidades de todos los habitantes, abriendo así el camino para una concepción universal de la justicia, aumenta la importancia de los postulados éticos. P. Kropotkin

## En los países «liberados»...

(Viene de la primera página) pública pronunció palabras de desprecio para sus antiguos camaradas y sin embargo repitió las de adulación para el amado Stalin, padre de los pueblos y su agente principal en Hungría, el camarada Matias: «Reuerdo con gratitud — dijo — la ayuda sincera, honesta, leal de mi amigo Rakosi, gracias a cuyo sostén el partido socialdemócrata ha podido adelantarse en la vía de la unificación». Szakasits, nombre que en el lenguaje popular húngaro se traduce por traidor, fue elegido presidente de la República, en sustitución del agrario moscovitizante Zoltan Tildy, en agosto de 1948. El desconocido militante — que jamás había disfrutado de un cargo responsable en el movimiento obrero antes de la ocupación rusa — como sus ambiciones poníanse al servicio de los moscovitas y traicionando a sus viejos compañeros. Con él se cierra, pues, la página más lamentable de la historia de la socialdemocracia en Hungría. ALBERTO CASANUEVA. (1) El crimen de Peyer, igual que el de Valentini, exministro de Justicia en el gobierno de Debrezsen, y el de Mozen, exsecretario de Estado en el mismo gobierno, fue el de haberse opuesto a la política colonizadora de los obreros de Moscú, cuyos males fueron denunciados en un documento distribuido el año 1946.

# CRONICA INTERNACIONAL

POR JULIO BARCO

## NO HACER LAS COSAS MAL

Se habla mucho, actualmente, dondequiera, del sabotaje. Gentes sesudas tratan de averiguar cuando está permitido, y cuando no. Toda su sesudez falla al plantear el problema así. No hay nada, en moral, que esté permitido en unos casos y en otros no. En moral digna de tal nombre, naturalmente. Que no es la moral usual, oficial, podríamos decir, para la que una cosa está permitida o no según las circunstancias: moral, en el fondo, inmoral.

Para esa moral usual, en el fondo inmoral, es para la que el sabotaje está permitido en tales o cuales casos, y no en tales o cuales otros. Tanto cuando está permitido, como cuando no lo está, nos hallamos, evidentemente, ante un sabotaje inmoral, como la moral que lo juzga permitido o no. No acabará jamás el sabotaje inmoral con su moralidad alguna: las perpetuará todas. El fin justifica los medios, principio inmoral que el sabotaje inmoral hace suyo, lleva a fin semejante a los medios usados para alcanzarlo.

Hay otro sabotaje que merece el nombre de moral, que responde a la moral digna de tal nombre. El sindicalismo revolucionario se ha acercado a veces a él: casi siempre en la teoría, aunque no siempre en la práctica. Podría reducirse su enunciado a estas simples palabras: no hacer las cosas mal. Todo aquello que ningún sabotaje inmoral acabará, se desmoronaría atacado por este sabotaje. Ya puede el hombre incapaz de ninguna obra bien hecha proclamarse revolucionario: no hará nunca revolución alguna. Un zapatero que no hace bien los zapatos es un hombre que no puede aspirar a transformar nada. La obra bien hecha da categoría para intervenir en cualquier otra tarea, sea cual fuere su importancia. La obra mal hecha niega cualquier capacidad al que la hace para todo otro trabajo. No se deben hacer cosas mal hechas, con ningún pretexto. Se ataca más, haciéndolas bien, a aquello a que se quiere atacar. No se ataca, por ejemplo, a un fabricante de tejidos, haciendo mal los tejidos; se ataca a quienes los adquieren. Se le atacaría, al contrario, haciéndolos más bien que como él quisiera. El primero es el sabotaje inmoral, que gentes sesudas, aunque refiriéndose a cosas distintas, tratan de averiguar hasta dónde está permitido y hasta dónde no, como si en moral hubiera algo permitido hasta tal o cual punto y no pasado este punto; el segundo es el sabotaje moral, el del sindicalismo revolucionario; aunque no siempre en la práctica, como he dicho.

Después de poner en el propio trabajo un valor que le haga sobresalir, cosa que nada tiene que ver con la especialización — otro mal camino —, se está preparado para no importar qué transformación. Antes, no. Los hombres inútiles en aquello que sea su labor cotidiana, ¿qué pueden hacer que valga? En todo momento, y para todo, serán inútiles. Y como después de cualquier intento de transformación las necesidades son más imperiosas y requieren urgente satisfacción, el paso que se habría tratado de dar hacia adelante sería un paso dado en vano. Si el zapatero no sabe hacer bien los zapatos, ni el carpintero trabajar bien la madera, ni el panadero elaborar bien el pan, ni el impresor presentar un impreso legible, no habría, claro está, transformación, sino descrédito para el intento de transformación. El cambio de lo exterior, si cambio hubiera, estaría lejos de merecer nombre de tal categoría.

Las culpas, no hay que decirlo, se cargarían a la fatalidad, o a cualquier otra causa imaginaria. Nadie querría reconocer su propio fracaso, al que no dejará de irse mientras no se haga bien de antemano aquello que se hace. En efecto, quien no sabe hacer bien el trabajo que hace diariamente, lo primero a que debe aplicarse es a perfeccionarse en él, y de este modo es como más se acercará a la transformación que desea. «Se trabaja para la burguesía», podría decirse, para eludir el problema en el aspecto que aquí tiene. Vano argumento. En último extremo, y sin repetir lo antes dicho de que haciendo bien el trabajo es como mejor se le combate, todo sería preferible a no saber hacer las cosas sino mal; por que si hoy no se saben hacer bien, con el pretexto, de que se hacen para la burguesía, mañana tampoco sabrían hacerse bien para sí mismo, con lo que todo intento de cambio sería inútil y la burguesía se sentiría. No hay que dejar jamás de ser adversarios de la burguesía: es una cuestión de decencia. Pero hay que tener cuidado en no luchar contra ella de modo que la lucha lleve a su perpetuación. Aparte de que el que sabe hacer bien las cosas es el que puede enfrentarse mejor con la burguesía, por saberlas hacer bien es el más preparado para perseguir el objetivo de su desaparición. El obrero que necesita, para hacer lo más baladí, un hombre que le dirija, que le dé explicaciones, que no se separe de él ni un momento, jamás podrá prescindir, en nada, de un guía, de un jefe, de un gobernante, en fin. ¿Cómo podría, ni el cambio exterior más radical, evitar esa necesidad del obrero? Lleva el hacer mal las cosas, en que el sabotaje inmoral se asienta, a tal resultado: a la perpetuación de lo que se ataca. Y no sólo en el aspecto en que aquí, adrede, se ha tratado el problema: en todos. No valen subterfugios ni sofismas. La realidad desnuda y escueta es ésta: un zapatero que no sabe hacer bien los zapatos, un trabajador cualquiera que no lleva a cabo bien su trabajo, no pueden ser revolucionarios en el exacto significado de la palabra, puesto que en la ocupación a que se dedican no hacen otra cosa que retardar la revolución auténtica. Por otra parte, si la revolución les sorprendiera, la malograrían por su incapacidad en el propio trabajo. La sorpresa dejaría en seguida de ser sorpresa. ¿No ha dejado de serlo, en seguida, donde lo ha sido? Por la necesidad de guías en el trabajo, han surgido los otros guías: los jefes, los gobernantes. Todo ha vuelto, con otra cara, o con la misma, a donde estaba.

Estamos en una sociedad burguesa, si (otros están en sociedad peor que la burguesa, que exige, como ésta, ser suprimida); pero para suprimirla es indispensable estar capacitados para ello. De lo contrario, no se suprimirá: se perpetuará. Si el obrero, para hacer lo más insignificante, necesita un guía, podrá creerse todo lo revolucionario que quiera, pero jamás hará una verdadera revolución. No basta abominar de los jefes: es menester estar preparado para no necesitarlos. Pueden, muchos obreros, estar creídos de que influyen extraordinariamente en la marcha de los acontecimientos hacia la revolución; pueden, día y noche, entregarse a propagandas a ella encaminadas. Sobrevenida, si hacen mal las cosas que hagan cotidianamente para ganarse el pan, se les hundirá, por no saber entonces sostenerla con su propio trabajo, más necesario entonces que todas las propagandas. O se entregarán, atadas las manos, a otros que aquellos que antes se las ataban.

En realidad, no importa para quién se haga lo que se hace si se hace bien: el hacerlo bien hoy será estar preparado para hacerlo bien mañana, y ya para sí: no será para sí de otro modo. Ya se ha visto, si se ha querido ver, y no sólo por lo antes dicho. Basta mirar en torno para verlo. A los burgueses, para quien se hacía mal, los sustituyen otros explotadores, peores que los burgueses. Por no ser capaces de prescindir de guías en el trabajo, los no capaces de prescindir de esos guías tienen necesidad de otros. Que los siguen manteniendo en esclavitud. Con nombre muy rimbombante, sí, pero esclavitud. Que antes no lo era en tal grado. En lugar de avanzar, han retrocedido.

¿Vale la pena, ahora, hablar del sabotaje de que tanto se habla? ¿Vale la pena ocuparse de la averiguación es que están empujados hombres sesudos? El sabotaje, dicen, es un arma de guerra. No está permitido sino en la guerra. ¿Es que no es guerra aquella en que está el proletariado frente a la burguesía? ¿Es que no es guerra la que debía enfrentar al pueblo ruso con quienes le esclavizaban? Tal vez — no tal vez: seguramente — los hombres sesudos juzgarían loable el sabotaje del pueblo ruso contra quienes le esclavizaban, olvidados de que juzgan censurable el del proletariado contra la burguesía. Parejos, en esto, como en tantas cosas, a los bolcheviques. Que nos cantan todos los días alabanzas al ejército ruso, al armamento del ejército ruso, y que juzgan digna de aplauso la destrucción de cualquier otro ejército, y del armamento de cualquier otro ejército. Sabotaje inmoral, el que defienden o condenan, según les conviene o no, los hombres sesudos, a sabiendas o no al servicio de la burguesía, y los bolcheviques, a sabiendas o no — aunque pocos sin saberlo — al servicio de un imperialismo que hace arrastrar a los obreros vicia peor que la que les hace arrastrar la burguesía.

Un sabotaje moral, el que en rasgos apenas esbozados se ha tratado de presentar aquí, el que se resume en las simples palabras: no hacer las cosas mal, sabría también que hay cosas que no se deben hacer, ni mal ni bien, y en ningún caso. Porque si se pueden hacer en un caso, se pueden hacer en todos. Modo de perpetuarlas. Modo de no salir jamás de donde se está.

## UNA CURIOSA CONFESION DE «DESTINO»

BARCELONA. — El semanario «Destino» publica esta curiosa carta dirigida por uno de sus lectores al director de dicha publicación. «Necesitando penicilina para un familiar recién operado, ha recorrido en nervante periplo un sin fin de farmacias y de los llamados «Centros de específicos», con resultado negativo. Mejor dicho: encontré penicilina, pero de fabricación europea, que los facultativos despreciaron

olímpicos, ordenándose que prosiguiera mis gestiones hasta encontrarla norteamericana. En algunos «Centros de específicos» me insinuaron, con delicadeza suma, la posibilidad de ponerse al habla con «un señor» que algunas veces les había suministrado el producto apetecido; claro está que el precio sufría entonces una sensible inflación. Finalmente, en un «Centro de específicos» de cuya dirección no quiero acordarme, me informaron que el portero de la misma clínica en la cual mi pariente estaba recluido, podría resolverme el problema, aunque económicamente me creara un nuevo.

Así fue tal vez ha parecido, señor Director, que el hecho de la existencia de sucursales de los Centros de Específicos en las porterías de las Clínicas, es un fenómeno que merece divulgación y apostillas discretionales. No cree?

En el próximo número: LA EVASION